

donde conoció á una joven llamada Lola.....que á los encantos de la juventud unía las gracias cautivadoras de una morena nacida á orillas del Guadalquivir ó á las márgenes del Rimac. Olvidó su pasantía en la facultad de derecho, y dióse á pasar, entregado en cuerpo y alma á la bella y espiritual santaneca, en la amorosa escuela en que se hacen tiernos reclamos y sentidas declaraciones del alma, en que de día se escriben apasionadas esquelas, y se forman lindos y decidores ramilletes, y de noche se hacen rondas llevando el laúd bajo el brazo, el canto en los labios, el fuego en la mirada, y las protestas de un amor eterno en el palpitante corazón. Lola fué para Diéguez la gran pasión de su vida: fué lo que Beatriz para el Dante, Laura para el Petrarca, Eloísa para Abelardo, Teresa para Espronceda y Rosario para Acuña: fué el alma de su alma, el amor de sus amores, el divino soplo, el aliento inmortal de sus más grandes inspiraciones. Afectó tan vehemente, amor tan acendrado, adoración tan sincera, no pudieron menos de ejercer poderosa influencia en la suerte del poeta. Lola, sin quererlo, con su rendido amor, debía contribuir al completo desequilibrio de las facultades del vate que supo cantarla y llorarla, con infinita ternura, y que cual cisne de la poesía, al exhalar sus tristísimas endechas, por el objeto amado, dió en sus cantos el presagio del fin prematuro de su triste vida!

Aquejado por los dolores de la nostalgia, y necesitado de dar nuevas impresiones á su inquieto espíritu, Diéguez hizo el arresto de volver á Guatemala, en 1848, no obstante estar en vigor el decreto de su proscripción; mas atropellando por todo, vino clandestinamente, en la amorosa compañía de Lola, á ocultarse en la hacienda del "Carri-zal" propiedad de su familia. Su hermano Jorge se había hecho cargo de la administración de la finca, y al ver llegar á Diéguez con hermosa dama, que no era su Señora, cediendo á las exigencias de sus ideas sobre moral, se mostró adusto, severísimo, y rehusó recibir en la casa solariega al proscrito hermano y á su enamorada compañera. La in-

feliz pareja, tan rica en amor como falta de recursos, sufrió crueles desdenes, y fué á alojar en miserable barraca indiana, en donde permaneció oculta durante largos meses. No perseguía á Diéguez el espionaje oficial, que tanto se ha perfeccionado en tiempos posteriores, pues ni del Salvador ni de Guatemala dieron aviso á Carrera de que el poeta había quebrantado la ley de proscripción; pero dolíale el profundo desprecio de su hermano, y sentía los apremios del hambre que enflaquecían su robusta organización, y que, para inmenso dolor de su alma, tornaban en demacradas y pálidas las mejillas de Lola, antes coloreadas por la rica sangre de la juventud que no sufre, y acariciadas por el aleteo de puras y juveniles ilusiones, distantes ¡ay! de los ásperos reclamos de la horrible miseria. En carta dirigida á su familia, desde su pobre rancho, hablándole de su angustiosa situación, le decía: "Hoy he tenido que vender mi eslabón para comer." (14) Infeliz poeta, con Lola tenía un cielo en su alma, y con las exigencias del estómago, un infierno en su miseria!

La madre de Diéguez lo sabía todo. Sabía que era el hijo pródigo, una especie de oveja descarriada. Pero el corazón de una madre tiene un manantial inagotable de bondad y de ternura. Se interesó por su hijo, y trató de hacerle todo bien. ¡Bendita sea la maternidad que es lo más respetable y santo que hay sobre la tierra! Qué de veces algunos de mis estudios científicos, inesperadas ingratitudes de los hombres, y amarguras por infortunios no procurados, me han hecho vacilar é inclinarme á caer en los abismos del ateísmo; pero la bondad y sacrificios de mi madre, y la bondad y sacrificios de la madre de mis hijos, me han hecho asirme á la consoladora idea de Dios. Más me enseñan con

[14] La venta del eslabón indica lo apremiante de las necesidades de Diéguez, pues en aquel tiempo en que el uso de los fósforos no se había generalizado, el eslabón era un mueble preciadísimo, particularmente para los fumadores.

su desinterés, con su amor, con su ternura y con su resignación, la pobre anciana que me dió el ser, y la compañera de mi vida que se desvela al rededor de las camitas de sus tiernos hijos, que todos los libros que he leído de historiadores y filósofos antiguos y modernos. La madre es una Providencia, aquí en la tierra, y es la más grande y sagrada revelación de Dios.

Doña Josefa Olaverri aprovechó diligente sus buenas y numerosas relaciones para influir en el ánimo del general Carrera, con el fin de que revocase la orden de destierro que pesaba sobre Diéguez. Carrera atendió á los ruegos de la madre y á la solicitud de sus amigos, y el poeta pudo salir del desmantelado rancho en que estaba oculto. Recobrada su libertad vino á esta capital en donde continuó sus estudios de abogado. Distribuía su tiempo dedicando algunas horas á su instrucción jurídica, y las más departiendo ó solazándose con sus amigos, entre quienes figuraban los Bengoecheas, y el ilustrado literato D. Ignacio Gómez, á quien, (lo mismo que á su hermano Juan,) por sus consejos é indicaciones, debió mucho de su saber literario. (15)

Pocos meses después de verse libre y de disfrutar de los goces que proporcionan el hogar paterno y las amistades de la juventud, un gran dolor vino á afligir su corazón, y á hacer más tristes y sombríos los días de su agitada vida. Trajo á Lola á la capital, pobre ave que escapada del tibia

(15) En la época á que me refiero Diéguez empezó á hacer algunas traducciones del francés, idioma en que tenía muy apreciables conocimientos. Figuran entre sus principales traducciones *La Lámpara*, lindísima poesía de Andrés Chenier, y *Rico y Pobre*, preciosa novela de Emilio Souvestre. A propósito de esta novela, Diéguez creía encontrar analogía entre su vida y su carácter con la vida y el carácter del protagonista desgraciado de la novela, Antonio Larry. Cuando haga el juicio crítico de las producciones de Diéguez expondré, aunque con temor de equivocarme, el concepto que me merece como traductor; mas desde luego anticipo la idea de que me parece mejor traductor de poetas que de prosistas. Por lo que hace á su semejanza con Larry trataré de estudiar, á fondo, la obra de Souvestre para dar una opinión, en lo posible fundada, sobre el expresado punto.

nido del nativo pueblo, extinguidas sus fuerzas, ya por la dureza de las penas, ya por la intensidad de los goces, contrajo mortal enfermedad; inclinó la cabeza, plegó sus alas, y triste y desolada, exhaló su postrimer aliento. No fueron parte á detener la mano de la muerte la solicitud, los reclamos y los fervientes votos del amor. El pesar de Diéguez no tuvo límites. De ello da testimonio su pequeño cuanto precioso canto elegiaco titulado: *Las lágrimas mias!* Léanlo con un profundo sentimiento de piedad todos aquellos que, compasivos y conoedores de las desdichas de un corazón herido en lo más vivo, no rehusen escuchar quejas, oír sollozos y ver correr el llanto.

EN LA TUMBA DE.....

¡Oh tumba que guardas
las frias cenizas
de aquella que fuera
la luz de mi vida!
pues tu me conservas
tan caras reliquias,
deja que te rieguen
las lágrimas mias.

No tengo en la tierra,
desierta, vacía,
sino esos despojos
que tú depositas;
despojos inertes
que yo animaría,
si vida les dieran
las lágrimas mias.

¡Oh tumba! esos restos
que encierras sin vida,
de amor y de encanto
llenaron la mía:
en ellos, un alma
sensible latía
que en dichas tornara
las lágrimas mías.

Sus ojos mi lumbre,
su aliento mi vida,
su voz mi consuelo,
su amor fué mi dicha:
¡oh dicha fugace!
tan presto perdida,
bastante no os lloran
las lágrimas mías.

Pero ellas que rieguen
su tumba sombría
y el ciprés do cuelgue
mi enlutada lira,
cuando en pos volando
de mi tierna amiga,
á su lado cesen
las lágrimas mías!

Herido de muerte su corazón por la pérdida irreparable de la que fuera *la luz de su vida*, buscó en vano distracción y consuelo en nuevos afectos y en entretenimientos borrascosos. Sus relaciones amorosas, en tiempo anterior, habíanle dado por fruto á su hija primogénita Guadalupe, á la que, en la época á que me refiero, entre el arrepentimiento por la culpa, y entre la ternura que inspirábale, dedicó estos versos en que tal vez se vean manchadas las blancas

alas del angel de la inocencia por el cieno arrojado por la impureza de las pasiones:

A MI HIJA.

Vástago tierno de mi triste vida,
Hija infeliz de mi infeliz ternura;
Si el fruto fuiste de una unión impura,
Aquella culpa de tu padre olvida

¿Qué importa á la azucena ser nacida
Entre el pantano, el cieno ó la basura,
Si conserva su nítida blancura
Y alza sin mancha su corola erguida?

Esa flor eres tú, niña inocente;
En nada empaña, no, tu nacimiento
La virginal pureza de tu frente:
Sea siempre tu pecho un aposento
De pudor, de virtud y de recato,
Y triunfarás de tu destino ingrato.

Y por lo que hace á sus distracciones, pasatiempos y devaneos en que se ocupaba con algunos de sus amigos, ora descreído, ora triste, ora aturdido, ponía algunas veces en ejecución el programa de placeres que contienen los siguientes versos del trovador José Zorrilla:

Reir, cantar, beber, corta es la vida;
Qué en un festín espléndido y brillante
Duerme el pasado, el porvenir se olvida! ...

A la verdad, que en días de *orgia y de locura* pueden olvidarse, por momentos, dolores y pesares; pero ese olvido

no indica el sentimiento del deber, ni corresponde al fin legítimo de la vida que consiste, para el hombre, en caminar sobre las malezas de la tierra, y rendir animoso la jornada, siendo bueno y morigerado, en el seno de la familia, trabajador y útil, en el seno de la sociedad, y culto y ejemplar, en el seno de la patria.

Al año siguiente de su regreso á Guatemala, el día 25 de mayo de 1849; se recibió de abogado. Nuevo campo le presentó su profesión para que ejerciese su actividad y diese á conocer sus talentos. Tuvo numerosos clientes que le confiaron sus negocios; de esta suerte la abogacía proporcionábale considerables ganancias. Sin embargo, el presupuesto de Diéguez siempre estaba desequilibrado; sus entradas no alcanzaban, ni con mucho, á cubrir sus inmoderados gastos; se divertía, aquí y allá, y echaba á rodo el dinero sin pensar en el mañana. El recuerdo de la pobreza y de las privaciones que había sufrido no era bastante á retraerle del derroche. Diéguez no tenía idea del ahorro que le hubiera salvado de la miseria, y que habría asegurado un patrimonio para su familia. Algunos de sus amigos, por una de esas galanterías interesadas y de mal género, llamábanle generoso por sus prodigalidades; y los suyos, que querían su positivo bien, dolíanse de su conducta, llamábanle al orden, y dábanle los calificativos de imprudente y manirroto; mas no hacían mella en él ni previsoras advertencias ni saludables consejos.

Como abogado tuvo eminentes cualidades que ojalá resplandecieran siempre en la mayoría de los individuos que se dedican á la noble profesión del Foro. Se hacía cargo únicamente de aquellos litigios en que veía claro que sus clientes tenían de su parte la justicia; y con entereza defendía las causas que se le encomendaban, aunque tuviese en su contra intereses y pretensiones de las familias que se distinguían por su posición social y por su influencia política, tan respetada y temida en nuestros pueblos de Centro-América, dados á los medros de la empleomanía, y á condescendencias y contemplaciones en obsequio del po-

der. Siempre Diéguez patrocinó á los desvalidos; nunca se doblegó ante indebidas exigencias, ni temió los manejos y las iras de adversarios poderosos. Como orador forense era persuasivo y vehemente, pero á veces cruel, pues usaba y abusaba de los más picantes epigramas que, en ocasiones movían á risa, á expensas de los defectos del prógimo, á los severos y respetables Magistrados. Diéguez heredó de su padre D. Domingo su genio epigramático, y es digno de notarse el contraste que formaban los hirientes epigramas del abogado con la ternura de los cantos del poeta. Rico era el organismo de Diéguez en dotes y facultades, y da grima que extravió, no contenidos á tiempo, hiciesen malograrse las aptitudes de aquel talento, y morir en flor las inspiraciones de aquel numen privilegiado por la naturaleza.

Tras largos años de vicisitudes y aventuras, Diéguez debía llegar á ver, si puedo decirlo así, el lado serio de la vida. Aficionóse á la Señorita Rosalía Flores que contaba de 30 á 32 años. Muchos de sus familiares y amigos tomaron interés en que formase familia para que tuviese sosiego aquella alma inquieta, y para que labrase su bien y la felicidad de los suyos. En particular, el benévolo Arzobispo de Guatemala, Francisco de Paula García Peláez, se apersonó en el asunto matrimonial, é influyó para que Diéguez, á quien tenía cariño, uniese su suerte á la de la Señorita objeto de sus pretensiones. El matrimonio se efectuó en agosto de 1856, y vínculos indisolubles, y compromisos sagrados, y deberes indeclinables, debían ligar al poeta á la vida del hogar. Se esperaba que las fuertes cadenas de la familia retuvieran al cantor que, entre inquietudes juveniles y ardorosos devaneos, había roto muchas cadenas de flores, formando y perdiendo ilusiones, inundando su alma de amargura, y agotando un rico manantial de lágrimas. Pero la luz de la mirada de una buena esposa, reflejada en las blancas cunas de sus tiernos hijos, no pudo iluminar aquella alma que, sumida en la noche del infortunio, estaba ya muy cerca de los lindes del sepulcro